

Esta historia que quiero contarles, la escribo un poco antes, de incorporarme a mi puesto de trabajo. Acabo de llegar al hospital, tras cruzar las calles desiertas y nevadas del municipio de Fuenlabrada. Me he abierto paso, como si fuera un explorador del Ártico. Hoy se ha producido en Madrid, la nevada del siglo. He escuchado en la radio antes de salir de mi casa, que la borrasca que ha traído nieve en grandes cantidades, la han llamado Filomena. Pasara mucho tiempo, hasta que olvidemos este día. Me imagino que muchos compañeros, no habrán podido llegar a sus puestos de trabajo y otros, que tendrán que doblar su turno, para no dejar desatendido el suyo. Hoy será una noche dura en la urgencia y me pregunto, como llegarán las ambulancias y los pacientes que necesiten ser atendidos en el hospital

La historia que les voy a contar, empezó con una simple pregunta:

¿Qué puesto quieres ocupar?

Todavía al día de hoy, me acuerdo cuando hace dieciséis años, mi jefe de aquel entonces, días después de incorporarme al hospital, cuando la mayoría de las consultas y unidades del nuevo Hospital Universitario de Fuenlabrada, todavía no se habían puesto a trabajar, me hizo aquella pregunta.

No tuve que pensar mucho mi contestación: Como voy a trabajar en un hospital, me gustaría estar lo más cerca posible de la parte sanitaria, que un simple administrativo, puede estar.

Tras meditar unos segundos la respuesta, mi superior me indicó que la urgencia, era el área que mejor podía adaptarse a mis deseos.

Durante estos últimos dieciséis años, he trabajado dentro del departamento de admisión de urgencias en el turno de noche. Como en todos los trabajos, ha habido jornadas duras y otras más tranquilas, pero siempre he intentado dar lo

mejor de mí, supongo como todos los trabajadores que están contentos y orgullosos del trabajo que desarrollan.

A finales del año pasado, las noticias provenientes del gigante asiático, como a otros muchos de mis compañeros, empezaron a preocuparme; más cuando, el virus salto a nuestros vecinos europeos.

Cuando el Gobierno decreto el estado de alarma, supimos que la cosa iba sería y lo que nos caía encima, no era la gripe que todos los años en otoño, nos suele visitar. Días antes, decidí que era mejor marchar a mi segunda residencia y alejarme de mi familia, a pesar que tendría que hacer más de ciento veinte kilómetros en ir y venir a mí puesto de trabajo, que recorrer los trescientos metros, que separan mi vivienda del hospital.

Todavía se me pone la piel de gallina, cuando con la maleta preparada y una planilla que señalaba que las siguientes cinco jornadas, tendría que trabajar, mi hija pequeña, me abrazo y me dijo que llamara al hospital para decir, que me dolía la barriga y que no podía ir.

Sonreí para quitar importancia al momento y mirándola, la dije que si no quería que su padre fuera un héroe, como aquellos que recibían los aplausos desde las terrazas.

Sin pensarlo, me respondió: Yo lo que quiero, es que no te mueras.

Tuve que explicarla que su padre, no podía esquivar sus obligaciones y que en aquellos momentos, no podía ponerme de lado y que estaba seguro, que ninguno de mis compañeros iban a dar un paso atrás, como así sucedió y de lo que tengo que decir, me siento enormemente orgulloso. De todos. De los médicos, los enfermeros, los auxiliares de enfermería, los técnicos de rayos, los celadores, las empleadas de limpieza, los compañeros de seguridad y de mantenimiento, todos sin excepción, marchamos como en Fuenteovejuna. Y que me perdone, si me olvido de alguno de ellos.

Fueron noches muy duras. Tremendamente duras. Nunca ni en mis peores pesadillas, pude imaginar que viviera jornadas como aquellas. Hace más de treinta años, que empecé a trabajar y nunca he vivido algo parecido.

Unos días después, me desperté con dolores de cabeza y tos y lo que uno primero que piensa, es que jugando tantos días a la ruleta rusa, algún día te tiene que tocar. Y lo segundo, es que uno comprueba como el servicio de Relaciones Laborales del hospital en el que trabajo, esta formado por excelentes profesionales, que saben cuidarte.

Cada noche veo imágenes de ciudadanos que salen a sus terrazas a aplaudir al personal sanitario. Me pregunto como trabajador no sanitario de la urgencia, si alguien se acuerda de mis compañeros de Admisión, de mis compañeros de Atención al Paciente, de las gobernantas preocupadas que no falte ninguna sabana limpia en cada cama del hospital o por ejemplo, de quienes trabajan en la Biblioteca, preocupados que no falte ningún libro o revista científica que se pueda necesitar para consulta, por cualquier facultativo del hospital. Estas personas lo hemos dado todo, hemos dado lo mejor de nosotros, en un momento en el que el País, estaba contra las cuerdas y nunca le hemos dado la espalda, al contrario, dimos un paso adelante. No puedo evitar pensar en mis compañeros del Almacén, preocupados que ningún material falte en las unidades y servicios del hospital. En mis compañeros de Suministros, moviendo Roma con Santiago, buscando mascarillas, geles hidroalcohólicos o unas simples gasas, cosa que tengo que reconocer nunca faltó.

También me imagino como debió vivirlo nuestra Directora Gerente, viendo las bajas entre sus subordinados. Tremenda responsabilidad la suya.

Yo como muchos, a las ocho de la tarde, antes de dirigirme a mi puesto de trabajo, salía a aplaudir y en esos momentos, no podía dejar de pensar en todos mis compañeros y en todos los trabajadores de cualquier sector que ha sido afectado por el coronavirus que ha pasado como si fuera una plaga, pero que cuando ha entrado por la puerta de urgencias del Hospital de Fuenlabrada, nada más acceder por la entrada y bajo el cartel de admisión, se ha encontrado

a un simple administrativo, que ha pretendido ganarse horadamente su sueldo y espero, que alguno de esos aplausos.